

# MESOAMÉRICA

Legislación y política sobre medio ambiente  
y patrimonio cultural en Mesoamérica

AÑO 20, NÚMERO 37, JUNIO DE 1999

pirando, fulminando, amenazando, teorizando acerca de las motivaciones de cada uno y, en términos generales, dedicados al complicado asunto de ser humanos.

Para lograr todo esto, Howe se ha concentrado en un cúmulo de evidencia documental que descubrió en bibliotecas, archivos históricos y colecciones personales en Panamá, Estados Unidos y Europa. Fue más allá de los trabajos publicados y rastreó diarios, cartas y memorias personales; acaso el fruto más interesante de esta investigación sea la divergencia que encontró entre los escritos privados y públicos de Marsh. Dedicó más de quince años a entrevistar a los kuna que participaron, directa o indirectamente, en el curso de los acontecimientos; y apoyándose en su conocimiento de los kuna y de su lengua, logró reinterpretar varias áreas claves que en su momento fueron opacas o ininteligibles.

Mientras que el drama estaba en pleno apogeo, aquellos que participaban en él no tenían muy claro qué estaba pasando o con quién se las estaban viendo. Los tres grupos se enfrentaban mutuamente a través de barreras culturales con una visión que era invariablemente distorsionada o nada fidedigna. Marsh, por ejemplo, nunca logró trascender sus confusos estereotipos raciales para percibir a los kuna con objetividad, y los kuna apenas entendían quién era Marsh o qué perseguía. Panameños y kuna por igual se miraban mutuamente y veían cosas que no existían. En este contexto, los acontecimientos avanzaron mientras "culturas e ideologías dispares chocaban y se unían, a la vez que antagonistas y aliados trataban de hacerse entender y de entenderse mutuamente, a menudo a través de una bruma de malinterpretación e incompreensión" (pág. 6).

El libro de Howe disipa gran parte de esta bruma y por primera vez nos permite ver, con detalles vívidos e idiosincráticos, la aparición de los kuna en el mundo moderno.

MAC CHAPIN

Center for the Support of Native Lands, Arlington, Virginia  
(Traducción de Sara Martínez Juan)

César Castañeda. *Lucha por la tierra, retornados y medio ambiente en Huehuetenango*. Guatemala: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 1998. 270 pp. Mapas, cuadros, notas, bibliografía e índice. US\$ 15.00 (en rústica).

del desplazamiento masivo y subsecuente retorno de campesinos desde el norte de Huehuetenango durante el conflicto armado de los años ochenta. Recalco en lo ambiental, pues un aporte novedoso e importante del libro es el énfasis en el deterioro ecológico como legado del violento desarraigo de más de cuarenta mil campesinos huehuetecos. Este énfasis en los impactos ambientales de los movimientos humanos tiene aplicación a otras áreas fuertemente afectadas por la guerra tanto en Guatemala como en otras partes del mundo donde haya habido desplazamientos y retornos.

Consonante con los temas abarcados, la metodología es amplia e integradora. El estudio se enfoca en las áreas de más dramática emigración durante el conflicto armado, particularmente los municipios septentrionales de Nentón, San Mateo Ixtatán, San Miguel Acatán y Barillas. Castañeda reúne varias fuentes: estudios de vegetación (particularmente en San Mateo Ixtatán) y entrevistas con campesinos —ambos llevados a cabo por el autor—, libros y manuscritos de autoridades sobre los temas tratados y fuentes estadísticas de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Demostrando sus múltiples talentos, Castañeda también aporta fotografías de imágenes culturales, económicas, políticas y ambientales del departamento. La prosa es accesible tanto para el estudiante universitario y el lector casual como para el estudioso de la historia nacional.

El trasfondo histórico y ambiental del libro se expone en el primer capítulo. El autor señala que la problemática territorial de Huehuetenango se remonta a hace dos mil años, con una serie de ocupaciones y desplazamientos de varios grupos indígenas. Presenta los conceptos de desarrollo social y ambiental, haciendo hincapié en la naturaleza recíproca de ambos conceptos. Distingue entre repatriados —los que se acogieron a la amnistía y volvieron cuando aun no se habían firmado los acuerdos de paz en 1992 entre gobierno y grupos guerrilleros— y los retornados —quienes regresaron antes de los acuerdos sin presentarse al ejército, o los que volvieron después de los acuerdos en forma organizada, amparados por éstos.

En la segunda sección se describen las características ambientales, tanto sociales como naturales, de Huehuetenango. La idea planteada queda clara: la relación ser humano-medio ambiente en Huehuetenango no es sostenible ni mucho menos sustanciosa. El departamento de Huehuetenango es uno de los más pobres de Guatemala (el 93.7 por ciento de la población vive en condiciones de pobreza), el 94 por ciento de su población es indígena y sus posibilidades de desarrollo son poco alentadoras: el 80 por ciento de la población se dedica a la agricultura, el 91 por ciento de las fincas son de menos de 10 manzanas (aproximadamente siete hectáreas), el 44 por ciento de ellas ocupan menos de una manzana y el 81 por ciento de los finqueros posee el 38 por ciento de la tierra. Después de Guatemala, Huehuetenango es el departamento con la tasa más alta de crecimiento y densidad de población (58.26 habitantes por km<sup>2</sup> en 1981,

llegando a ¡85.7 habitantes por km<sup>2</sup> en 1994!). La creciente popularidad de la guerrilla fue una respuesta al bajo nivel de vida existente en el campo, lo cual aceleró la contrainsurgencia militar, que a su vez forzó el éxodo de los pueblos del norte de Huehuetenango a Chiapas en 1981 y 1982.

El autor señala que, si bien la contrainsurgencia militar fue una consecuencia clara de políticas de represión a la guerrilla por parte del ejército, fue también una manifestación fulminante de cientos de años de penetrante opresión de los grupos mayoritarios por parte de los minoritarios, en una lucha constante por la tierra. Para agravar las presiones humanas sobre la tierra, según el autor, sólo el 12 por ciento de los suelos huehuetecos tiene una capacidad agrícola adecuada. Sin duda, la alta densidad de habitantes dedicados a la producción agrícola en un área de limitadas posibilidades de producción no es sólo un mal augurio para un desarrollo agrícola sostenible, sino que es antitético a la conservación de un lugar de tan rico endemismo biológico.<sup>1</sup> Sin embargo, en plena amenaza a la ya tenue convivencia entre los humanos y los frágiles hábitats de las especies endémicas, los municipios con más bosques en el departamento, Barillas y Nentón, han sido las áreas más pobladas durante las últimas décadas.

En el tercer capítulo se presenta una síntesis histórica de la dinámica territorial huehueteca. La historia de los regímenes territoriales ilumina la situación actual: una desigualdad exagerada en la distribución de tierras que se remonta a la conquista española. El autor describe cómo es que antes de la conquista coexistía la noción del derecho a la propiedad individual con el de la propiedad comunal. La conquista, empero, puso en marcha una gran pérdida de tierras comunales. Las congregaciones, encomiendas y repartimientos permitieron el dominio español sobre los territorios indígenas y fomentaron la evangelización y la aculturación "castiza" de los campesinos. Con el paso del tiempo las encomiendas y congregaciones se convirtieron en grandes haciendas. Tras proclamar la independencia de la corona española se estimuló la comercialización agrícola, vigorizando la expansión de los latifundios y atrincherando la desigualdad territorial, a la vez que crecía la presión demográfica, lo que desencadenó una fragmentación acelerada de los minifundios en "microfundios". Siglos de consolidación de tierras en grandes haciendas (la reforma de 1950 que retornó tierras cafetaleras a los indígenas fue una excepción única y efímera) y generaciones de descuartizamientos de minifundios, obligaron a los campesinos huehuetecos, a lo largo de este siglo, a emigrar y buscar tierras en otras partes —ya en forma organizada en las décadas de 1960 y 1970—, especialmente en la Franja Transversal del Norte (FTN) y en Petén.

Miles de campesinos que no emigraron anteriormente lo hicieron a la fuerza en 1981 y 1982. El cuarto capítulo, verdaderamente conmovedor, describe las

---

<sup>1</sup> Castañeda sostiene que, debido al alto relieve y aislamiento geográfico de la región, Huehuetenango cuenta, por lo menos, con 14 especies endémicas.

masacres de la población y el éxodo campesino a Chiapas. Como reivindicación de la incesante marginalización del pueblo maya huehueteco, muchos campesinos empezaron a apoyar el movimiento guerrillero a fines de los años setenta. Sin embargo, el autor sugiere que la distinción entre guerrillero y campesino era borrosa, pues "la gran mayoría de la población parecía confundida y atemorizada" (pág. 102). En 1982, la contrainsurgencia del ejército llegó a su pináculo con la infame campaña de tierra arrasada. El autor presenta varios documentos históricos y citas de sus entrevistas de campo para captar vívidamente las atroces masacres cometidas en varias aldeas de los municipios de San Miguel Acatán, San Mateo Ixtatán, Nentón y Barillas. Es de notar el valioso aporte de las entrevistas realizadas por Castañeda, algunas de las cuales representan la primera documentación de los eventos acaecidos en los pueblos que fueron blanco de la violencia militar. Castañeda expone las carnicerías perpetradas por el ejército con una prosa tan sencilla y arrebatadora que recuerda los relatos de Fray Bartolomé de Las Casas del siglo XVI. Según el autor, la crueldad de las matanzas de Huehuetenango "en gran medida superó en crueldad a aquellas realizadas durante la época de conquista" (pág. 131). Como ejemplo, el autor narra el exterminio de los habitantes de San Francisco, el 17 de julio de 1982, cuando más de 400 personas fueron vilmente aniquiladas a machetazos y golpes mortales en la cabeza, exterminio que detonó el masivo éxodo de más de 9,000 campesinos de Nentón.

A continuación se presentan los casos de dos pueblos que difirieron en la forma en que resistieron al manejo ajeno de sus recursos naturales y, como consecuencia, en el grado de violencia sufrida como represalia por los moradores. San Mateo Ixtatán había resistido exitosamente a los cambios culturales desde la época colonial. Las fuertes creencias del pueblo sobre los bosques como entes sagradas, su dependencia de los mismos y su perspicacia en formar alianzas institucionales para protegerlos los salvó del aprovechamiento ajeno de éstos. Como caso contrario, San Juan Ixcoy no resistió el aprovechamiento de sus bosques por parte de empresas madereras con vínculos a autoridades militares. La exitosa resistencia de San Mateo Ixtatán tuvo su saldo. En 1982, un grupo de soldados que decía pertenecer a la base militar de Barillas llegó al centro del pueblo y llamó a varios hombres involucrados en la resistencia contra los madereros. Se llevaron a nueve de ellos en un camión y sus cadáveres se hallaron macheteados en un hoyo camino a Barillas. La "moraleja" de este relato es: la política de tierra arrasada tenía el fin no sólo de derrotar al movimiento guerrillero sino también de imponer el control de los latifundistas y otros poderosos intereses económicos (muchos de ellos con vínculos militares) sobre las tierras ocupadas por campesinos indígenas.

La quinta sección del libro describe los procesos de refugio, repatriación y retorno. Según el autor, las más de 40,000 personas que habían huido a Chiapas en 1983 fueron generalmente bien acogidas por los chiapanecos, por ser prójimos mayas y por la necesidad de mano de obra barata para nuevos productos de agro-exportación. Los primeros refugiados que regresaron a Guatemala desde

1983, retornaron a Huehuetenango —muchos a Nentón y Barillas. Ya en 1996, casi la mitad de los aproximadamente 32,000 retornados a nivel nacional había regresado a Huehuetenango. Muchos campesinos del sur de Huehuetenango aprovecharon una política que otorgaba tierras dejadas “voluntariamente” por más de un año al Estado, para obtener terrenos en los municipios más septentrionales desocupados tras el éxodo de los desplazados, generando así conflictos entre los retornados y los nuevos residentes.

El sexto capítulo, “Retornados y medio ambiente”, presenta un perfil de los medios sociales y naturales de Nentón y Barillas, los municipios con mayor número de retornados. Comienza con una descripción de las principales características sociales y biofísicas de ambos municipios. Sigue con un breve análisis sobre sus historias de fundación, sus patrones culturales, la distribución y tenencia de la tierra,<sup>2</sup> las migraciones estacionales,<sup>3</sup> el desempeño de instituciones gubernamentales y no gubernamentales y los múltiples problemas de los retornados.

Esta sección es algo decepcionante en cuanto al análisis ambiental, implícitamente prometido en el título del capítulo y en el del libro mismo. Se describen los suelos del área de estudio sin que se amplíe el argumento para defender el significado de estos indicadores. Por ejemplo, se informa que los suelos de bosque seco subtropical cálido son kársticos, superficiales, de textura pesada, imperfectamente drenados y de color pardo. Sin embargo, no se elabora una presentación adecuada sobre la importancia ambiental y agrícola de estos indicadores ni sobre la relación espacial y ambiental entre densidad poblacional, capacidad productiva y los varios tipos de suelo. Similarmente, la idea de hacer un análisis de carga de capacidad poblacional es interesante y clave en el contexto del desarrollo sostenible. Empero, la definición de carga de capacidad o soporte poblacional está poco desarrollada: “está calculado en la extensión de tierra que abarca cada clase agrológica”. Sin embargo, no se definen las clases agrológicas ni cómo se midieron. Sin esta información contextual es imposible interpretar hallazgos como que el 95 por ciento del área del pueblo de Chaculá es de vocación forestal, “cuyas clases agrológicas varían entre las clases VI, VII y VIII” (pág. 202).

No obstante la carencia de explicación y profundización en las descripciones biofísicas, los fascinantes estudios de caso de varios pueblos son más que suficientes para convencer al lector de la compleja matriz de impactos humanos y ambientales causados por los movimientos humanos y las estructuras territoriales en Huehuetenango. Por ejemplo, en Xoxlac (departamento de

---

<sup>2</sup> Es notable que ambos municipios tienen una distribución territorial más desigual que Huehuetenango: en Nentón, el 87 por ciento de los campesinos controla el 24 por ciento de la tierra y, en Barillas, el 81 por ciento de los campesinos posee el 24 por ciento de la tierra.

<sup>3</sup> Como testimonio a la desigual estructura territorial, el 50 por ciento de los campesinos de Nentón emigra estacionalmente al sur durante la cosecha de café.

Barillas) los que retornaron en 1983 encontraron sus parcelas ocupadas, mientras que en Chacaj (departamento de Nentón), el Instituto Nacional de Transformación Agraria (INTA) garantizó parcelas a todos los retornados, situación que generó manifestaciones. Estos estudios demuestran que los problemas de los refugiados no son homogéneos sino que son caracterizados por diferentes ambientes sociopolíticos y naturales.

En el séptimo capítulo, el autor aboga por la necesidad de un desarrollo sostenible en el norte de Huehuetenango. Castañeda yuxtapone diestramente una descripción de la distribución y del nivel de biodiversidad de los ecosistemas del norte de Huehuetenango, deteriorados a raíz de los movimientos humanos, los manejos inapropiados de recursos y las injusticias sociales que marginan a los campesinos en tierras poco viables para un desarrollo agrícola sostenible.

El autor señala acertadamente —y el análisis desarrollado a lo largo del libro lo apoya persuasivamente— que el problema clave es el desigual acceso a las tierras y la presión demográfica. Señala que, no obstante que los campesinos realizan prácticas de conservación, el 75 por ciento de los minifundios ocupan áreas muy pendientes. Además, la distribución de cosechas indica un énfasis en la subsistencia sobre el desarrollo: el maíz ocupa más del 60 por ciento del área cultivada, seguido por el frijol (15 por ciento), el café (9 por ciento) y otros cultivos (14 por ciento). Por lo tanto, no es sorprendente que las condiciones ambientales y sociales de las comunidades se hayan deteriorado. Por ejemplo, se informa que el área de mayor cobertura de bosque en Barillas, en 1980, ahora está dominada por fincas de café, mientras miles de retornados no cuentan con suficiente tierra de capacidad agrícola.

Castañeda subraya que la violencia de los años ochenta, los desplazamientos y retornos y la continua pobreza de los campesinos huehuetecos tienen un denominador común: una sociedad que ha permitido (e inclusive fomentado) una enorme desigualdad en el acceso a los recursos. En las palabras del autor:

Los retornados no son la causa del deterioro ambiental; ellos son víctimas de la situación nacional de deterioro. El inicio de la solución radica en la tenencia de la tierra, el acceso a los recursos... es iluso querer *desarrollo sostenido* o preservar las características naturales fundamentales si no se hacen transformaciones sustanciales en la sociedad (pp. 252–254).

Para concluir, el libro del ingeniero Castañeda es de interés para todo estudiante y pedagogo de la historia y medio ambiente guatemaltecos. Reúne dos temas que representan escollos difíciles de superar pero imprescindibles para lograr un desarrollo sostenible en Guatemala: la desigualdad territorial y el deterioro ambiental. Es más, esta obra se dirige hacia un nuevo horizonte en los estudios población-medio ambiente, al examinar los impactos ambientales de los movimientos poblacionales a causa de la violencia política. El ingeniero